

La noche y el reloj

Miguel Ángel Cadena



Capítulo 1

A las diez de la noche los mayordomos y trabajadores de la mansión Whalen salieron cruzando a través del jardín con sus lámparas de aceite. Así lo llevan haciendo toda la semana y así lo hicieron hoy, abriendo la colosal pero ligera cancela de la entrada y asegurándola, como no, con un candado macizo y un amasijo de cadenas que lo rodeaban. Los muros que salvaguardaban la vivienda del viejo dejaban pocas esperanzas a los ladrones y demás escoria que se le ocurriera infiltrarse en la casa con dios sabe qué objetivo. Primero se encontrarían con un muro de 3 metros y medio de concreto y piedra, y en el extraño caso de que algún listillo o suertudo llegase a la cima del muro, se sorprendería con la interminable fila de soldaditos de bronce fundido, cruzando entre ellos sus lanzas punzantes en forma de equis. Un efectivo y bello custodio remitente de la estirpe de predecesores militares del noble dueño, seguramente comandantes y altos cargos. Fruto de mi continuada vigilancia sobre los movimientos que sucedían en la casa me topé con una falla en las defensas de la finca que por supuesto utilizaría a mi favor. El jardinero, en una mal afortunada acción acarreado barras de hierro pesadas con un carro, dejó que estas cayeran al suelo chocando con la parte inferior del muro, causando así una grieta en el mismo.

Pavoroso de las represalias, colocó justo donde estaba la grieta un montón de hojas que había estado acumulando con el rastrillo, parece que el mismo dios estaba observando y me dio una oportunidad para entrar. El viejo suele escuchar música antes de ir a dormir, eso me permitía hacer algo de ruido, por lo que me acerqué al otro lado de la grieta en el muro y saqué martillo y cincel. Por supuesto era consciente de que podría escucharme si daba muchos golpes, por lo que calculé el origen de la grieta, coloqué el cincel encima y propicié un preciso golpazo que dejó caer trozos de cemento, y que me descubrió un pequeño agujero para entrar.

El bello jardín parecía ganar hermosura por el manto de la noche adornado de estrellas, el rocío incluso hacía que el césped, en su banal existencia, cobrara un aspecto vívido. Un paisaje secular con el que no podía entretenerme en observarlo, pues el tiempo apremiaba. Me dirigí a paso silencioso hasta la ventana del lateral del salón en la primera planta, que del pasar de los años y la falta de renovación, se encontraba con el cierre gastado y oxidado. Saqué del bolsillo una fina varilla de metal que atravesó sin ningún problema la ventana por el hueco que dejaban las dos hojas en el centro, y que separaban la una de la otra. Sólo fue una cuestión de precisión y pulso quirúrgico ajustar la varilla inclinada de abajo hacia arriba para que encajase en el adorno saliente del cierre, tirando así hacia arriba para desbloquear el cierre y abrir las ventanas desde fuera. Como bien dije antes el cerramiento era antiguo, por lo que no opuso ninguna resistencia frente a mi herramienta. Con sumo cuidado

abrí la hoja de la izquierda, ¿Por qué la de la izquierda? Si no se tuviese un ojo observador no podría saciar mis bizarros impulsos, estaría pudriéndome entre mierda y ratas en un calabozo húmedo rezumante de orina, medio muerto a causa de la paupérrima alimentación y cuidados que se le prestan a un preso, más todavía a un preso que se dedicase a lo que yo. Elegí entrar por el lado izquierdo por el evidente estado de las bisagras. Las de la parte derecha se encontraban herrumbrosas, posiblemente producirían un terrible chirrido si empujase esa hoja. Sin embargo, las de la parte izquierda habían sido sustituidas hace poco, por lo que mi entrada a la mansión pasaría desapercibida.

Me recibió nada más entrar un olor antiguo, un olor que era mezcla de las baratijas que acumulaba el señor Whalen, viejas glorias del pasado como armaduras de caballero llenas de muescas o jarrones ajados con su pintura arruinada, y el olor del mismo propietario, que debía desprender un aroma prehistórico por rodearse sólo de antiguallas.

Sin entretenerme demasiado avancé por la alfombra acre que surcaba el pasillo hasta las escaleras. Mientras subía despacio buscaba algún murmullo que demostrara que estuviese despierto. Nada se escuchaba en aquel baluarte sordo y siniestro. Respiré profundamente cuando tenía agarrado el pomo de la puerta, sí, al otro lado se encontraba el enemigo durmiente, pero ya había hecho esto otras veces. Cerré los ojos. Exhalé el aire junto con los pensamientos que revoloteaban por mi cabeza.

Despacio, muy despacio, fui empujando la puerta, tuve que hacerlo tan delicadamente por el temor al crujir de la madera. Los segundos que pasé abriendo un hueco para entrar parecían haberse doblado y convertido en largos y fastidiosos minutos. Pero al fin me encontraba dentro, de pie frente la cama donde reposaba aquel despreciable hombre.

La habitación suspiraba un aspecto romántico. Su gigantesca cristalera abierta dejaba entrar la brisa que navegaba por las finas cortinas y hacían que estas ondeasen al son de la melodía siseante del viento, y la luna hacía suya la habitación iluminándola con la tenue luz que se dejaba caer en el cuerpo tapado del señor Whalen, como si de una escena de cuento se tratase.

Pasé un largo rato observando aquel hombre tendido en el camastro, ingenuo del afilado baile del cuchillo. Es costumbre que mire el cuerpo de la persona a la que voy a asesinar, analizando la forma perfecta de ejecución al igual que un pintor observa el lienzo en blanco, el escultor la piedra burda y el escritor el papel vacío. Se trata de un arte y no de una masacre sin sentido, y existen motivos para que acabar con la miserable existencia de este engendro tenga una lógica. El rico y respetado señor Whalen, entró hace dos semanas al lupanar en el que me encuentro con Beth. Me sorprendió en sobremanera que un hombre así entrase en un lugar como ese, aunque no es de extrañar, los servicios del prostíbulo solo

están al alcance de unos pocos. Aun así no presté más atención al suceso. La situación dio un trágico vuelco cuando el viejo se empeñó en rentar los servicios de mi amada, y a pesar de que ella ya estaba acostumbrada a dejarme sólo por la naturaleza de su trabajo yo estaba sufriendo enormemente, pues todos en el establecimiento sabían que cuando yo estaba ahí era sólo para Beth, y durante ese tiempo Beth era sólo para mí. La frustración me carcomía las entrañas y no podía dejar de dar vueltas en círculos pensando que en la planta de arriba, justo encima de mi cabeza, otro hombre la poseía. Subí las escaleras cuando nadie observaba, dispuesto a acabar con la situación, y lo habría hecho si no me hubiese encontrado a mi hermosa dama cubierta de magulladuras y moretones, convaleciente en la cama. Mirando a un punto fijo con ojos de luna llena, ausentes de vida. Estuve en shock unos minutos, helado de pies a cabeza frente a una mujer que a duras penas podía articular palabras con sentido. Cuando pude moverme llamé urgentemente a un médico, yo cubrí todos los gastos de su tratamiento. Desde ese día no me he desprendido de este gesto prácticamente inexpresivo, la cara de una persona que sólo vivía con un único objetivo. Sólo vivía para matar a WencilWhalen.

Su rostro hendido de arrugas me producía una ira homicida incontrolable, casi vomitiva. Realmente odiaba a ese hombre, lo odiaba tanto que el cuchillo que sujetaba en mi mano derecha no dejaba de temblar, mi cuerpo ardía como si estuviese enfermo. Sin embargo, debo de decir que encontraba un poco de excitación prematura en la idea de exterminarlo, formando en mí un fiero torbellino de sentimientos desatados que terminaban en la punta del puñal. Por fin llegó la hora de hendir mi cuchilla en su garganta, no sin antes llevar a cabo otra de mis múltiples costumbres maniáticas.

Antes de levantar si quiera la cara me vi interrumpido por el traqueteo de unas botas con tacón que se dirigían sin ninguna duda a esta habitación. Giré la cabeza de lado a lado nervioso, había planeado todo esto a la perfección, ¿Qué hacía una mujer viniendo hacia la habitación? Atisbé un hueco entre el armario y la pared, justo al lado del ventanal. Era el mejor sitio que pude encontrar en esos escasos segundos, además con la profundidad de la concavidad y la oscuridad de la noche sería difícil que me viese.

Utilicé mi hoja para reflejar la luz de la luna que entraba por el ventanal y poder ver quién cruzaba la puerta. Una chica joven entró. Era difícil discernir sus gestos pero estaba a plenas luces intranquila, podía verse en su forma de andar cuidadosa, andaba temerosa por despertar al señor Whalen. Aparté la vista de mi cuchillo y giré la cabeza para poder observar mejor la escena. La chica se acercaba a una mesita cercana a la cabeza del amodorrado cuerpo para buscar algo a tientas, un lacito de oro y unos pendientes. Esto arrojó dudas sobre el papel de aquella chica, pues no encontraba explicación para que una chica joven con ropa de sirvienta

estuviese ahí, intentando recuperar sus cosas de la mesilla de su amo en mitad de la noche.

Mientras la joven recogía sus cosas y se marchaba con la misma fluidez con la que entró reflexionaba sobre el suceso, tras un armario, en el lugar más recóndito de toda la habitación. Ya después de haber desaparecido la chica salí de detrás del mueble con una sospecha que hacía redoblar el odio en mi interior. Este cerdo lascivo sólo merece muerte más horrible que yo pudiese darle. Antes de cometer una locura intenté mantenerme sereno, sólo un poco más.

Abrí las fosas nasales y cerré los ojos. Respiré. Sólo cuando no podía escuchar otra cosa que el zumbido nocturno fue cuando me acerqué el reloj de muñeca a la oreja. El tacto gélido del cristal hizo que se me erizasen los vellos. Tenía que hacer esto a mi manera, siguiendo el ritmo perfecto que marcaban las agujas del reloj. Segundo a segundo iba sincronizando mi mente al compás de las agujas, así debía de hacerse.

Tic. Tapé con mi mano la boca del hombre abyecto, quería que observase quién le iba a degollar. Toc. Sus ojos se abrieron, intentando coger aire en vano gemía como un cerdo en el matadero. Levanté el cuchillo. Tic. Tembloroso de cólera y gozo atravesé la tráquea crujiente y tiré hasta terminar con la resistencia de los huesos del pecho. Toc.

La sangre fluía como el agua de un río mientras la cama se enjuagaba con un carmesí oscuro.

La brutalidad de mis actos no tuvo parecido. Sacrifiqué el arte del acto por el placer desmesurado que producía descuartizar al sujeto. Perdí el juicio. Solo clavaba el cuchillo una y otra vez de forma aleatoria sumido en una ceguera iracunda y el cuerpo quedó como una maraña de agujeros y cortes. Debí de hacer mucho ruido. Cuando observaba mi fallida obra incluso sentí pena por el desgraciado. En mitad de mi consternación la habitación se abrió súbitamente y un grito agudo desgarró el aire profano de la sala. Sin siquiera girarme hacia la puerta di una carrera hasta el balcón tras el ventanal y salté sabiendo que abajo habría arbustos y matas para bloquear parte del daño de mi caída. Mi espalda chocó bruscamente contra el suelo disparando el aire de mis pulmones hacia fuera, yací varios minutos haciendo el esfuerzo por respirar. Sentí una aflicción descomunal, pero mi consciencia me gritaba para que reaccionase. Si me descubriesen mi reputación estaría arruinada.

Aparté la espalda del suelo con mucho esfuerzo, y poco a poco conseguí erguirme.

Mala fortuna cayó sobre mí cuando mi cuerpo desvalido no pudo correr sin tambalearse al verse frente a dos chicas que salieron de la mansión. Comenzaron a gritar de forma histérica señalándome y lanzándome

diversidad de impropiedades.- No, Esto no puede acabar así- pensé-, soy un hombre extremadamente cuidadoso e inteligente, cómo puede mi vida verse truncada de esta forma, debes salir de ahí como sea, corre. Sobrevive-. Mis últimas fuerzas salieron a flote y comencé a sumirme en un estado de trance. Mi cuerpo avanzaba como poseído por el mismo diablo hacia las chicas. Sus rostros reflejaban un miedo inconmensurable. El ver a la misma muerte frente a ti es el único suceso capaz de crear ese rostro descompuesto. Arrojé mis brazos violentamente al cuello de la chica rubia, despojándola de toda vida en una agonizante lentitud. La morena fue afortunada, ella apenas encontró sufrimiento. La daga penetró el centro de su cuerpo y asomó por su espalda por la fuerza de la estocada, salpicando con su sangre mi gabardina. Caí desplomado en la tierra y cuando desperté habían pasado 3 horas, seguía siendo de noche. Debía de haberme fracturado un par de costillas y algunos huesos de las piernas, aun así contemplé largo rato la trágica escena. Cubierto en sangre y con la ropa hecha jirones me arrodillé a rezar por las almas de esas dos pobres chicas, inocentes, que por azares del destino presenciaron la liberación de una bestia de la que ni siquiera yo era consciente. Cojeé hasta la pila de hojas del jardinero y me arrastré dolorido a través del agujero. El amanecer apareció para juzgarme y yo me cubrí la frente por vergüenza. Jamás sabrán quien soy, pero ¿habrá sido el precio mi propia alma?.